

reventables del todo ante cualquier tribunal de examen social y político.

Entiendo que habla por boca de «Eusebio», y dice muy bien: «En alas del amor podemos realmente llegar a bellezas superiores, pero nunca a la que soñaron Platón y los místicos»... Y sigue hasta dar de manos a boca con San Agustín y su bella frase: «*Omnis pulchritudinis forma unitas est*».

Y como el sabio Santo de los Sermones, aunque platónico, era muy respetuoso de Aristóteles, y éste definió el alma: «forma del cuerpo», resulta que la «forma» es alma de las cosas y su belleza la unidad, puesto que «una» es el alma y «vario» el cuerpo. Con todo eso, no puede darse definición lógica...

Porque lo bello es cosa de amarse y conocerse; o de conocer y amar, que no de sólo conocer; si bien todo conocimiento, de por sí, no deja de ser cosa bella objetivamente considerado por quien guste de conocer. Bella es una demostración, por ser «uno» lo demostrado y «varios» sus argumentos.

Siguen ambos conversadores —*causeurs*, más claro, acaso—, mostrando cada vez más su «realismo» y «nominalismo» respectivos; sin ser escolásticos, por supuesto, sino porque las Musas amaron siempre la *causerie*: «*amant alterna Camenae*.»

Pi y Margall, antes que político, fué amante de lo Bello y las Bellas Artes, testigo la Historia del asunto, aunque no acabada, bastante para hacer apreciar a su autor, que también lo fué, en grande parte, de la obra monumental «*Recuerdos y Bellezas de España*», donde campea su correctísimo castellano.

¡Qué diferencia de otros sus comprovincianos, que aparentan desconocer la lengua nacional!... Este Diálogo, el de «*Las luchas de nuestros días*», la sabia «*Introducción a las Obras del Padre Mariana*», sus «*Nacionalidades*», lo de «*Historia de América*» y todo cuanto escribió y habló puede ofrecerse como texto del idioma.

3.—El Diálogo de que se trata ofrece muy claras y brillantes huellas de sabios clásicos en su asunto, desde Platón y las «*Eneades*» de Plotino, hasta estetas modernos, y particularmente Milá y Fontanals, Addison, Hugo Blair y Hogarth... Y con sus eruditas lecturas, nuestro gran pensador se queda original en su «*diatriba*» helénica.

Lo mismo le sucede, como filósofo y sociólogo. Alguien lo ha tenido por hegeliano, alguien por fiel discípulo de Proudhon... Pero es cual si trataran de «*Las Veladas de Sampetersburgo*», que de cierto leyó Pi y Margall... Su mente es un espejo que refleja, «pero pone más de suyo que de lo ajeno».

4.—Creo que esto se ha dicho ya, y repetido, por quienes saben más que yo; mas no importa, «lo repetido gusta», si es verdad... «*Cosas pura y absolutamente bellas no las encontrarás en el mundo*», dice el autor por boca de «Eusebio»: lo cual pa-